

cio. Con su Patria de cualquier parte ha clavado en México su angustia. Y es tal su profundidad, su desgarramiento y su pericia, que cuando se desenmascare esta incógnita, no amenguará en forma alguna la atracción de sus novelas, que dejo así enumeradas y apenas descritas. Estas líneas, lejos de ser un estudio sobre el desconocido «Traven», son apenas una invitación cordial a adentrarse en su obra y a respetar su secreto.—LUIS ALBERTO SÁNCHEZ.

<https://doi.org/10.29393/At176-9PDCP10009>

PORVENIR DE DIAMANTE. Poemas de Omar Cerda

La Sociedad de Escritores de Chile convocó en 1939 a un concurso a los poetas que no han publicado todavía su primer libro, y nombró como miembros del Jurado a Jerónimo Lagos, Lisboa, Olga Acevedo y Angel Cruchaga Santa María.

Entre los sesenta y tres escritores que concurren al llamado de la Sociedad, los poetas que componían el Jurado resolvieron, unánimemente, conceder el premio a «Porvenir de diamante», de Omar Cerda.

Sin conocer la obra de los otros concursantes, nos parece que los originales premiados demuestran el acierto de los tres poetas que hicieron de jueces. Y estimamos oportuno hacer ver la necesidad de que cada vez que haya que fallar sobre el mérito de obras poéticas, esta misión sea encomendada a verdaderos poetas, y no a personas de buena voluntad, sin solvencia literaria para estos menesteres, o a prosistas que desconocen los atributos de la verdadera poesía.

Omar Cerda había publicado algunos poemas en diarios y revistas santiaguinas, y era notorio que tenía la pasta de un lírico en formación. En nuestro reducido ambiente literario, no muy abierto siempre para acoger a los que se inician, sus escasos poemas habían conseguido el elogio entusiasmado de algunos escri-

tores, y se esperaba de él esta cosecha lograda que ahora nos da.

Con sentido muy preciso de la armonía, conocedor del idioma, con originales medios de expresión, y sin recurrir a la algarabía, tan en boga, de las imágenes atrabiliarias, este lírico se sitúa de golpe entre los mejores poetas jóvenes de Chile.

Sin afanes de originalidad, ya «es él», a pesar de sus cortos años, y puede decirse que no tiene influencias que olvidar ni mucho que aprender en cuanto a técnica literaria.

Su poema «Tebaida», que transcribimos íntegro, será apreciado en lo que vale por los lectores de «Atenea»:

Era un silencio herido. Y era una
dorada soledad de crisantemos.
Y era mi corazón lleno de abejas
un orto de jazmín sobre tu pecho.
Rosa de pura luz era tu sangre,
río de puro sol era tu pelo.
Y en mitad de tu cuerpo florecía
un violento rosal de glauco fuego.
En celeste canción tu rostro ardía,
en celeste canción giraba el cielo.
Y de tus manos y tu voz brotaba
un nocturno galope de jilgueros.
Era entonces la noche allá en tus ojos,
era entonces el mármol en tus dedos.
Era el mar floreciendo en tus rodillas
y eran música, niña, tus cabellos.

¡Tú decías amarme!... Tú decías
que un músico dormido era el silencio.
Que en vez de flores en la luna, había
siete guitarras, y un fluir de espejos,
También decías que entre sombras de oro
besaba lirios en tu boca el viento.

Que si en mis brazos te dormías, era
dormido ramo de alhelí tu cuerpo.
Y ahora vistes soledad de juncos.
Y ahora vistes caracol de sueño.
Y ahora eres un collar de lágrimas
atado al frío corazón de un muerto.
Ya no te extrañe que en mis ojos no arda
la diminuta suavidad del trébol.
pues se ha tendido a sollozar, desnudo
como una espada, entre los dos, el tiempo.

El autor de «Porvenir de diamante» (1) enriquecerá la poesía chilena, y hará más segura nuestra posición de primera línea en la lírica del Continente. Si no lo han cogido hasta hoy las necias modas literarias, que brillan y se desvanecen como pajuelas, y que han malogrado a tantos valores efectivos en las letras de América, es seguro que ya no ermendará el rumbo que eligiera.



ANIMAL DE COSTUMBRES. Cuentos, por *Alfonso M. Reyes Messa*.

El cuento criollo, a que nos tienen condenados desde hace tiempo los prosistas chilenos, no es el cuento que cultiva Reyes Messa.

Le atrae la vida, con sus pasiones candentes, y un torbellino de lujuria sana se prende a casi todos sus relatos. No se interesa por el medio, por la pintura minuciosa de paisajes y decorados, y hace vivir a sus personajes, preocupados únicamente de su vida, por sobre todo, de sus furiosas luchas sentimentales.

Con sorprendente agilidad narrativa, sabe despertar el interés del lector desde la primera página, y analiza, sin posturas

(1) Imprenta «La Nación», Santiago, 1939.